

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

La obra de Dios en la epístola a los Romanos

La obra de Dios en la epístola a los Romanos es primero para nosotros, luego en nosotros y finalmente por nosotros, hacía notar un hermano en el curso de una meditación. Este pensamiento será el cuadro de las reflexiones que expresaré a continuación.

La obra de Dios para nosotros

Los versículos 16 y 17 del capítulo 1 introducen el tema de la epístola: El “evangelio... poder de Dios para salvación a todo aquel que cree... Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe”.

Luego el apóstol inspirado nos pone ante una escena de gran solemnidad: el tribunal de Dios, ante el cual tres clases de hombres comparecen sucesivamente al banquillo de los acusados. Primero el pagano que goza de una vida de pecado (1:18-32). Luego el amigo de la sabiduría (2:1-16). Y por último el judío con todos sus privilegios (2:17-3:20). Dios pregunta a cada uno: «¿Qué has hecho de mis derechos? ¿Qué honor has dado a mi nombre?»

Sin ley o bajo la ley, siempre el hombre se ha mostrado vil o desobediente, y el dictamen sigue, sin equívoco e inexorable: “No hay justo, ni aun uno” (3:10). Todo hombre es, pues, culpable ante Dios y merece su castigo. Al leer este texto, debo inclinar mi cabeza: realmente ese hombre condenado soy yo, y la sentencia del soberano juez es justa.

A partir de los versículos siguientes, un rayo de la gloria divina traspasa mis tinieblas: Dios usa de gracia. Viendo la situación desesperada e irremediable del hombre, Dios envió a su Hijo Jesucristo al mundo, a quien puso “como propiciación por medio de la fe en su sangre” (3:25). La persona que arrepentida y con fe acude a Cristo, halla un pleno perdón. Lo que nos vincula a Dios es la cruz de Cristo: la excelencia del Cordero de Dios y la virtud de su sangre hacen que “él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (v. 26). Esto es lo que su gracia ha hecho para mí.

La obra de Dios en nosotros

Del capítulo 3:21 al capítulo 8, Dios continúa su obra en nosotros. Un paso tras otro, el alma supera peldaños que la conducen a una plena liberación en Cristo. Primero toma conciencia del perdón de sus faltas (hasta el cap. 5:11); pero el Espíritu Santo que la instruye no la deja ahí; a través de un camino profundo y lleno de pruebas la conduce hasta la fuente misma de sus faltas. ¡Qué revelación para el alma descubrir el “yo” del viejo hombre siempre presente, el cual durante toda su existencia terrestre circundará la nueva naturaleza que Dios da al creyente!

¿Mi vida se convertirá entonces en un enfrentamiento constante entre dos naturalezas opuestas? Eso sería una fuente de desánimo permanente, porque en el nuevo hombre no hay fuerza. Pero la respuesta divina está en el don de su Espíritu; por fin comprendo que está presente en mí, y un grito de victoria brota de mi alma (8:1): Creo a Dios cuando me dice que ha crucificado mi viejo hombre en la cruz de Cristo. A mí me corresponde mantenerlo en tal estado. Ciertamente aún habrá combates, pero serán los de la carne contra el Espíritu Santo en mí. “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es

contra la carne” (Gálatas 5:17). El Espíritu de Dios en mí es garantía de victoria en las luchas, fuente de la fuerza para un andar que glorifique a Dios.

La obra de Dios por nosotros

El vaso, así preparado, es útil para el Maestro. Tres órdenes de servicio pueden serle confiadas.

a) Servicio frente a Dios

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (cap. 12:1).

No se trata de actos piadosos para atribuirse una buena conciencia, sino de una vida consagrada a Dios, ofrecida como el sacrificio que el israelita fiel ponía sobre el altar. Hallamos una hermosa ilustración en la familia que nos presenta 1 Crónicas 25:5-6. Los hijos de Samuel, y en particular Joel por ser el primogénito, habían deshonorado a la familia (1 Samuel 8:1-3). Sin embargo, la gracia de Dios permitió que Hemán, hijo de Joel, fuera, como su abuelo Samuel, “vidente del rey en las cosas de Dios” (1 Crónicas 25:5). Él impulsó a sus catorce hijos en el servicio del canto en la casa de Dios. Con agrado evocamos la atmósfera de esta familia a la hora de los ensayos, cada uno sometiendo a la disciplina común. También admiramos el testimonio público cuando, en la casa de Dios, los hijos, bajo la guía de su padre, loaban y adoraban de un mismo corazón. Se consagraron diligentemente al servicio de Dios.

b) Servicio frente a los santos

En Romanos 12:7 se trata del servicio de diácono, del cual el Señor ofrece el modelo perfecto: “Yo estoy entre vosotros como el que sirve” (Lucas 22:27). Estas pisadas fueron seguidas por la familia de Estéfanos, “las primicias de

Acaya... se han dedicado al servicio de los santos” (1 Corintios 16:15). Padres e hijos se habían entregado juntos a este humilde servicio que deseaba honrar al Señor.

c) Servicio frente al Señor, “sirviendo al Señor” (cap. 12:11). Propiamente es «ser esclavo» del Él. Cristo Jesús mismo tomó “forma de siervo” (Filip. 2:7), haciéndose obediente hasta la muerte. En la epístola a Filemón hallamos tres hombres muy distintos: Filemón era rico; Onésimo, un esclavo fugitivo y Pablo, el gran apóstol prisionero. Sólo el evangelio pudo cumplir un milagro y unir a estos corazones. Un mismo sentimiento los animaba, el amor cristiano; una misma persona los llenaba, Jesús; fueron “hermanos en Cristo”. ¡Cuán conmovedores son los términos del apóstol Pablo: “Mi hijo Onésimo, a quien engendré en mis prisiones”!

¡Qué privilegio poder compartir este título de nobleza: “siervo del Señor”, y experimentar juntos el valor del poderoso lazo que une a la familia de Dios, el del amor!

P. Jn.

PARA TODOS

EB

Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).